

Relatos del Japón

Lunes 1 de julio, ocho horas. Despertador, ducha, café, diario, llaves y camino hacia el despacho. Todo el año esperando a que llegase el verano y al final se resumía en un calor abrumador desde primera hora de la mañana e intentar escaparse el primero de la oficina para aprovechar las últimas horas de la tarde en la playa.

Como cada día allí estaba Nora. Sentada en su confortable silla, con el climatizador orientado exclusivamente hacia ella y trabajando a destajo como si llevase ya desde las cinco. Tampoco podía faltar sobre su escritorio uno de esos enormes cafés que compras en una famosa cadena de cafeterías americanas sólo porque te escriben tu nombre en el vaso. Al entrar, la misma frase de todas las mañanas: —Buenos días, Javier. Tres viviendas, dos de ellas fuera de la comarca. Ya he realizado el estudio energético. Ves introduciendo los datos en el ordenador. Cuando termines los registras y me avisas cuando se generen las etiquetas —. Nada más que decir: clara, precisa y directa. Y lo peor de la mañana no era que no volviese a decir ni una sola palabra más, si no tener que aguantar el ruido del viejo climatizador, las notificaciones que no paraban de sonar en su teléfono móvil y las incalculables veces que se levantaba de su silla para la famosa pausa-cigarro cruzando todo el despacho hasta el jardín y saliendo dando un portazo. Luego me recordaba que deberíamos haber arreglado ya esa puerta.

Martes 2 de julio, ocho horas. Despertador, ducha, café, diario, llaves y camino hacia el despacho. Otro día más recibí la cálida y acogedora bienvenida de Nora y sus únicas y habituales palabras: —Buenos días, Javier. Dos viviendas más. La primera un apartamento en la ciudad y la segunda una casa en la montaña. Ambas en la misma provincia. Ya he realizado el estudio energético. Ves introduciendo los datos en el ordenador. Cuando termines los registras y me avisas cuando se generen las etiquetas —. Era de esperar que no volviese a decir nada más en el resto de la jornada, que sólo se escuchase el ruido del viejo climatizador, que su teléfono móvil no parase de sonar con esas molestas notificaciones y que se pasase la mañana saliendo a fumar, con el portazo a la puerta del jardín que lo acompañaba. Efectivamente acerté. Todo ocurrió tal y como había supuesto. Me planteé seriamente jugar a la lotería, eso y rezar para que algo emocionante ocurriese en la oficina como tal vez que Nora se levantase de su cómoda silla y me dijera: —¿Te apetece un descanso? ¿Salimos a tomar algo? —. Era mucho pedir, nada de eso tampoco ocurrió. Pero de repente sonó el teléfono fijo. Eso ya comenzaba a ser algo emocionante puesto que ya casi nadie nos llamaba por esa línea. En la pantalla marcaba un largo número entrante que comenzaba por +81, el prefijo internacional de Japón. Entonces Nora dio un bote de su silla, salió corriendo a coger el teléfono y respondió a la llamada. Después de un corto rato de conversación colgó y comenzó a saltar y a dar tales gritos de alegría que me asusté realmente. Se trataba de una llamada de la oficina del alcalde de Shimoda, un pequeño pueblo de la prefectura de Shizuoka donde años atrás realizamos un informe pericial junto a una propuesta de renovación de una antigua casa tradicional japonesa. Le explicaron que nuestro peritaje fue el más elaborado y preciso de todos los que se presentaron, y además incluía un proyecto de rehabilitación. Y ahora, de repente, habíamos sido seleccionados para el trabajo. He de confesar que ya casi ni lo recordaba, ni tampoco aquella época donde nos presentábamos a concursos. En la actualidad nuestro trabajo se resumía en hacer certificados energéticos y esperar que algo emocionante ocurriese como que el propietario, de la emoción de obtener su etiqueta energética, la enganchase

en el frigorífico y se hiciese un selfi. Tras ello, y como era de esperar, las únicas palabras de Nora fueron: —Javier, regresa a casa y prepara las maletas. Yo me encargo de buscarte un billete de avión a Tokyo, te lo envié, te vas y me dejas tranquila —. Sí, lo había entendido bien, un billete. Parece ser que tendría que ir yo solo porque Nora prometió no volver nunca más a Japón después de que su novio-jarrón japonés la abandonase por otra arquitecta años atrás. De camino a casa pensé que tampoco era tan mala idea que me enviasen inesperadamente a Japón. Así al menos lograría escaparme de la oficina y pasar el resto del verano en aquel tranquilo pueblo, aunque fuese por trabajo.

Miércoles 3 de julio, siete horas. Aeropuerto de Barcelona – El Prat, vuelo LX1953 con destino a Tokyo mediante escala en Zúrich. Escala corta, viaje largo. Vuelo tranquilo y sereno. Aterrizamos en el Aeropuerto Internacional de Narita sobre las nueve horas del día siguiente. Afortunadamente no surgió la gran confusión e incertidumbre entre los pasajeros del avión si aplaudir o no al aterrizar ya que la mayoría éramos españoles e incluso se escuchó algún que otro piropo a gritos dirigido al piloto. Si las casi trece horas de vuelo me habían parecido largas, pues todavía me quedaba otra más hasta la estación central de Tokyo y tres hasta Shimoda. El pueblo está ubicado en el sureste de la península de Izu, bien conocida en todo el país por su exuberante naturaleza que decidió, en su momento, unir el mar con las montañas. Sus pueblos están bañados por un mar de aguas de color verde esmeralda y sus playas son de arena blanca. Sus habitantes todavía viven de la pesca y ahora también del turismo gracias a las pintorescas imágenes de las incalculables calles donde la arquitectura de las casas tradicionales hace que todavía se respire el ambiente de la época Edo.

Cansado, con sueño y también un poco desorientado por el viaje en avión llegué a la estación central de Tokyo para tomar el popular expreso *Odoriko*. Venga, un último esfuerzo más. Mi mente intentaba animar a mis piernas a moverse, no con mucho éxito. El pensar que al tratarse de un mes de julio habría menos concurrencia, error. Probablemente medio Tokyo estaba allí y se dirigían a la península de Izu a pasar las vacaciones. Resultado, la estación con la afluencia de hora punta laborable. Bajé al andén nueve donde ya estaban esperando los pasajeros para tomar el expreso. Como de buena costumbre japonesa, el tren puntual, la gente haciendo cola ordenadamente y hablando con cortesía. Todo esto dejó paso al lado más excéntrico y poco conocido de los japoneses durante el viaje. En los asientos delanteros viajaba un grupo de estudiantes de instituto cuyas carcajadas y risas hacían que hasta el vagón se inclinase. No acabé de entender por qué llevaban un flotador gigante en forma de cisne rosa ya hinchado abordo del tren que impedía que los pasajeros nos moviésemos con normalidad por el vagón, pero a ellos les hacía bastante gracia. Después, en los asientos contiguos al mío, un joven matrimonio de unos treinta y pico años que viajaban por primera vez con su pequeño. El niño iba equipado con gorro y, no le podía faltar, una cámara fotográfica. Probablemente su primer aparato. A penas tenía unos tres años de edad y ya iba fotografiando el paisaje y el tren sin descansar. Y, por último, en los asientos posteriores, y probablemente el recuerdo más tierno de todos, un matrimonio de ancianos. A pesar de salir de Tokyo, ya llevaban puesta la ropa del campo. Se les veía en los ojos la tristeza de los recuerdos del pasado al acercarse al destino, probablemente por la melancolía de una tierra a la que dejaron atrás de jóvenes para

emigrar a la gran ciudad en busca de una vida mejor y que ahora, cada año, regresaban en verano. Pero lo que más recordaré de esa pareja de ancianos es que el abuelo iba leyendo la famosa novela *La bailarina de Izu*, novela que alcanzó la fama mundial cuando su autor, Kawabata, logró el premio Nobel de Literatura. Esta obra maestra trata sobre la historia de un joven estudiante de Tokyo que viaja a Shimoda para pasar sus vacaciones de verano. Allí encontró a su primer y único amor en una hermosa bailarina. Cuando termina el verano el muchacho debe regresar y Shimoda se convierte en el melancólico lugar de despedida. Como yo también me dirija a ese pueblo, me pregunté si también encontraría el amor allí, o al menos conocería a una bailarina, una *odoriko*.

Entre tantos pensamientos el tren llegó a su destino. Como de costumbre, todo regresó a su orden: la gente descendió siguiendo el orden marcado en el andén y todos se dirigieron a tomar el autobús o el taxi hacia sus hoteles. En mi caso me estaba esperando una pequeña furgoneta cubo, a decir verdad, como todo en Japón. En la puerta estaba escrito “Pensión Sato”. Recordé aquel apellido porque Nora me explicó en una ocasión que se trataba de una de las familias más influyentes de todo el pueblo. Habían sido alcaldes todas las generaciones, desde el abuelo, el hijo y actualmente el nieto. Finalmente llegué a la pensión donde me alojaría el resto del verano. Debo decir que algo mareado por las infinitas curvas desde la estación por lo que al bajar el conductor se excusó varias veces, pero a mí nadie iba a quitarme mis nauseas. Se trataba de una casa de nueva construcción, de las que, en su momento, se decidió que debía sustituir a la antigua casa tradicional. Siempre me intrigó el dilema que muchas familias japonesas seguían teniendo generación tras generación: mantener la antigua casa tradicional en pie asumiendo o no los costes del mantenimiento o derribarla y volver a construir otra nueva empezando desde cero. Actualmente se utilizaba como pensión, o más bien como casa de huéspedes. Ahora regentaba el establecimiento la esposa del actual alcalde, el último descendiente de la dinastía. En la entrada me recibió la señora Sato que me invitó a descalzarme y a subir a mi habitación. Por fin un lugar para descansar. Abrí las ventanas para que entrara la fresca brisa del mar que bañaba la península. Se podía observar todo el pueblo con sus calles comerciales, la gente recorriéndolo de un lado a otro y al fondo la playa con sus enormes complejos hoteleros para los turistas de Tokyo. No haré ningún comentario sobre cómo esos enormes edificios cubrían la mitad de la vista. Así que me puse el pijama y me tumbé sobre los tatamis. Abanico en mano y ventilador de los años ochenta a toda potencia y acabé por quedarme dormido.

Viernes 5 de julio, siete horas. No hay mejor despertar que el de una casa japonesa en lo alto de una colina con sus vistas al mar y los olores de la comida recién hecha que subían de la planta baja. Cuando de repente me di cuenta que tan solo me quedaba media hora para asearme, desayunar y presentarme en la casa donde realizaríamos el encargo. Bajé corriendo las empinadas escaleras. Era de esperar que tropezase, al menos eso me despertó al segundo. La señora Sato me estaba esperando. Me dio los buenos días, me entregó una bolsista con una caja de *bento*, la tradicional comida para el almuerzo ya preparada, me indicó el camino a recorrer hasta llegar a la casa y me prestó una vieja bicicleta para llegar más rápido. Al despedirse se disculpó porque su marido, el alcalde, no podría estar allí puesto que estaba de viaje fuera de la península, y que en su lugar lo representaría su hija Ayumi. Así que me subí a la bicicleta y recorrí

colina abajo, casi a la velocidad del tren bala, todas las estrechas calles del pueblo hasta llegar a mi destino. Todavía recuerdo ese momento. Un montón de gente aplaudía en un pequeño acto político delante de la casa realizado por Ayumi Sato, la hija del alcalde, donde explicaba que el trabajo de rehabilitación iba a comenzar hoy mismo y animaba a todos los artesanos del pueblo a trabajar con determinación y esfuerzo. De repente interrumpió su discurso y me pidió que subiera al escenario. Era una chica joven, de unos veinte y pico años y con el carácter suficiente como para sustituir al alcalde y dar órdenes sin que ningún hombre le llevase la contraria. Su pelo era largo rizado y se movía con la brisa de la península con la que me quedé dormido la tarde anterior en la pensión de sus padres. Vestido fucsia corto y girando mientras animaba el acto micrófono en mano, parecía toda una bailarina. Tan solo me presentó como el arquitecto que dirigiría la intervención. Terminado el acto se dirigió a mí y sus únicas palabras fueron: —Bienvenido chico de la ciudad, acompáñame por favor, voy a mostrarte de nuevo nuestra casa —.

Estaba tal cual recordaba en la primera visita años atrás cuando Nora y yo realizamos el peritaje. Se trataba de una casa tradicional japonesa de campesinos, conocida como *noka*. Había pertenecido también a la familia Sato desde hace varias generaciones. Pero el abuelo, al regresar de la guerra tuvo que enfrentarse al conocido dilema. El hombre lo resolvió con la nostalgia del pasado decidiendo mantener la casa, pero enfrentándose a la realidad de no poder asumir el coste ni del mantenimiento ni de una rehabilitación. Le resultó más barato y rápido construirse una nueva. La casa era como todas las demás. Construcción de madera y dos plantas: la inferior destinada al comercio, en este caso de las verduras y hortalizas que conreaban en el campo y la superior destinada a las estancias donde la familia residía. Se construyó durante la época Edo, por lo tanto, seguía en pie desde el siglo XVII. Como en la actualidad, todas las casas debían ser robustas para resistir terremotos, fuertes lluvias e incluso tifones. En ellas los veranos eran muy calurosos y los inviernos muy fríos. Pero se prefería aceptar estas condiciones y que la casa fuese lo suficientemente fuerte como para resistir a cualquier adversidad climatológica. Probablemente este sea el motivo de que por que hayan sobrevivido tantas de nuestros días. También de nuestros días, es habitual reconocer una casa tradicional rehabilitada o no. La diferencia: el hollín. La de los Sato tenía la fachada completamente oscurecida y negra. Por lo tanto, otra más abandonada al paso del tiempo. Al entrar, dos enormes jácenas de madera, que sólo el destino comprendía como seguían en pie, sostenían todo el peso del piso superior. Los pilares también de madera tenían más años que el propio árbol de donde se obtuvo. A penas se reconocían las diferentes estancias, el suelo con tablones de madera levantados dejaban ver incluso el exterior y, evidentemente, ni un solo tatami ni puertas corredizas. Por no hablar del jardín posterior donde una pequeña selva se había apoderado del tradicional jardín zen. No hace falta decir que la conclusión del peritaje no fue mala, si no muy mala. En primer lugar, la estructura debía ser sustituida por una nueva, en el caso de las dos jácenas, y reparada en el caso de los pilares. En segundo lugar, la fachada debía recuperar su color original sustituyendo también todas las antiguas carpinterías. En tercer lugar, era casi impensable no renovar el tejado. Y en cuarto y último lugar, interiores, mobiliario, decoración y jardín que resumiéndolo muy brevemente: nuevos. Pero en Japón lo nuevo rima obligatoriamente con tradición. Así que donde el proyecto de rehabilitación indicaba materiales y técnicas tradicionales a seguir durante la intervención se resumía en la

realidad en algo que nunca antes había visto: un maestro carpintero con más de una veintena de jóvenes mozos del pueblo dispuestos a renovar la estructura; un grupo de otra veintena, en este caso, de chicos y chicas del instituto con cubos, jabón y esponjas para sacar el hollín de la fachada; varios maestros artesanos dispuestos a subirse a la cubierta para repararla; un maestro ebanista con una cuadrilla de quince hombres tomando todas las medidas de las carpinterías y descargando los nuevos materiales para rehacer el interior; otra decena más de vecinos vaciando la casa de los viejos muebles; y un puñado de jardineros que ya habían comenzado a arrancar las malas hierbas del jardín. Era realmente increíble y admirable observar cómo casi ochenta personas de todo tipo de oficios y profesiones diferentes trabajaban a la vez y coordinados. Ayumi y yo íbamos recorriendo toda la casa. Ella me los iba presentado a todos y cada uno de ellos. Yo me sentía algo incómodo, sobre todo cuando me presentaba a los maestros artesanos. Me preguntaba cómo iba yo a dirigir esa intervención cuando en realidad debería estar allí para aprender de ellos. Por suerte sería Ayumi la que se pasaría los días dando órdenes e instrucciones a todos. Al terminar la visita, ya agotado de ver tanto trabajo, Ayumi se paró y me dijo: —Eso es todo chico de la ciudad. Nosotros seguiremos tu proyecto, vuelve mañana—. Se giró, y desapareció entre toda la gente. Cogí la vieja bicicleta y regresé a la pensión. Todavía no podía imaginarme el resto de sucesos que ocurrirían aquel verano, y este para mí, ya era el más extraño.

Sábado 6, domingo 7, lunes 15, lunes 29 de julio, siete horas. La brisa de la península me despertaba, bajaba de mi habitación en la pensión, la señora Sato me daba su cajita de *bento*, cogía la bicicleta y me dirigía a la casa. Era cierto que hacía bastante calor durante el día, pero al menos las tardes eran cálidas y frescas, algo impensable en Tokyo en pleno mes de julio. La casa se iba renovando a un paso increíble. En menos de dos semanas la estructura ya estaba arreglada y la fachada ya comenzaba a recuperar su color original. Todas las tareas del plan de rehabilitación se hacían siguiendo un perfecto orden y los artesanos seguían trabajando conjuntamente. Mi trabajo consistía simplemente en verificar dicho plan, verificar las entregas de materiales y sobre todo observar el trabajo y aprender. Cada día, a primera hora de la mañana, Ayumi aparecía por la casa para dar instrucciones y órdenes a los trabajadores. Siempre me decía las mismas palabras al verme: —Bienvenido chico de la ciudad, acompáñame por favor, voy a enseñarte como avanza la rehabilitación—. En realidad, nunca escuchaba sus palabras, sólo podía fijarme como su pelo, al moverse con la brisa de la península, acariciaba mi cara y como se giraba, tal como una bailarina en pleno escenario.

Las mañanas avanzaban rápido, pero las tardes se hacían eternas. Después de la siesta todo el mundo regresaba a su trabajo hasta el comienzo de la noche. Bien es conocido que en Japón los días terminan pronto puesto que a las cinco de la tarde ya comienza a anochecer. A esa hora todos dejaban el trabajo y se dirigían al centro para seguir el *Awa-odori*, las populares fiestas de verano que se celebran en todos los municipios del país para conmemorar a las personas que nos han dejado y pasado a mejor vida. Aburrido de ir solo, finalmente le propuse a Ayumi que me acompañase. Recorríamos todo el pueblo siguiendo a las cuadrillas. Todas estaban formadas por hombres y mujeres de todas las edades que bailaban con trajes tradicionales al son de la música

tocada por otros miembros del grupo. Iban recorriendo todas las calles, incluso llegaban a cruzarse unas con otras. La gente estaba entusiasmada al paso de las cuadrillas, probablemente todos los habitantes del pueblo estuviesen allí. Apreciaba la compañía de Ayumi y su entusiasmo. Todo lo que veíamos me lo explicaba para que aprendiese más sobre sus costumbres y sus tradiciones. Me costaba seguirla entre tanta gente, pero sus pasos eran inconfundibles. Nos parábamos en los tradicionales puestos de comida para llevar, toda una tradición japonesa donde pequeños comerciantes sacan sus negocios a las calles durante las fiestas para vender la cena. Salíamos del cliché de las buenas costumbres que creemos que los japoneses tienen porque cuando se reúnen en eventos todos van en grupo, comiendo, bebiendo, gritando y riendo. Probablemente el ambiente festivo les haga tomarse una merecida pausa. Al caer la noche Ayumi y yo nos dirigíamos siempre a la playa para ver los fuegos artificiales. No entiendo cómo no se cansaba después de haber andado tanto. Yo ya estaba agotado y deseando tumbarme en mi habitación. Todavía continuaba explicándome más cosas y riéndose de mi torpeza cuando le preguntaba por algo básico que no comprendía. Finalmente me acompañaba a la pensión de sus padres y cada noche me repetía las mismas palabras: —Hasta mañana chico de la ciudad—. No decía nada más, sin darme cuenta se giraba y desaparecía en el bosque. Al entrar la señora Sato me estaba esperando, con las zapatillas, la toalla para el baño y se esperaba para cenar con el resto de huéspedes. No era de extrañar que al subir a mi habitación me quedase cada noche dormido al segundo.

Primera quincena de agosto. El plan de rehabilitación ya marcaba la recepción del nuevo mobiliario para las estancias ya reformadas. Pero antes debíamos deshacernos de todos esos viejos muebles que se acumulaban en el exterior desde hace ya varias semanas. Llegaron un grupo de jóvenes del pueblo para echarnos una mano. Los fueron cargando, como era de esperar en una furgoneta cubo. Cuando ya terminaron uno de ellos se acercó a mí y me preguntó si eso era todo y me pidió que echase un último vistazo en el interior de la casa por si, por descuido, todavía quedaba algún viejo mueble. Así que miré en la planta baja pero no había nada. También en la superior y tampoco había nada hasta que entré en una vieja habitación donde, teniendo razón el muchacho, se habían descuidado de retirar un mueble. Se trataba de un secreter de caoba bastante limpio y brillante como para que hubiese estado tanto tiempo en una casa prácticamente abandonada. Parecía como si alguien hubiese venido regularmente a limpiarlo. Intenté moverlo, pero pesaba mucho. Del tirón que le di el cajón se cayó. Como era de esperar mi torpeza hizo que lo hiciese encima de mi pie. Me dolió más que mis oídos cuando Nora se enfada conmigo y me chilla a medio metro como si estuviésemos a treinta de distancia. Enseguida los muchachos subieron corriendo. No paraban de reírse diciendo que por fin el chico de la ciudad sabía lo que era trabajar duro con las manos. Mientras se lo llevaban se cayó del fondo del cajón una misteriosa foto que aparentemente había estado enganchada durante mucho tiempo en ese oculto espacio del secreter. Era una foto antigua en blanco y negro. En ella aparecían dos jóvenes muchachos delgados, altos, en bañador y riéndose en la playa en lo que parecía un bonito día de verano antes de la tragedia, ya que por detrás se podía leer una pequeña anotación: “Sato y Shirotori, Hiroshima, verano del 39”. Uno de ellos, el de la cicatriz en la cabeza, siguiendo el orden nombrado debía ser Sato, el bisabuelo de Ayumi. De repente un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Algo no cuadraba porque comencé a recordar todos los retratos de los

miembros de la familia Sato expuestos en la pensión y el del bisabuelo, precisamente realizado después de su regreso de la guerra, no tenía ninguna cicatriz. Mi intriga pudo conmigo así que decidí ponerme en contacto con el doctor Agasa, un reconocido historiador con el que estuvimos trabajando para entender los materiales de la casa durante la realización del peritaje. Le envié por correo electrónico la fotografía y a los pocos días recibí respuesta. Fue claro, la foto fue realizada en Hiroshima unos días antes del trágico bombardeo americano. También era cierto que el chico de la cicatriz en la cabeza era Sato y el otro su amigo Shirotori, ambos alumnos de un instituto de Hiroshima. Según los registros municipales ambos partieron a combate y, de repente, el resto de líneas que leí en la pantalla del ordenador hicieron que comenzase a encontrarme mal. El doctor Agasa confirmaba que Sato, el chico de la cicatriz, murió en combate mientras que su amigo Shirotori fue declarado desaparecido. Por lo tanto, afirmaba con gran posibilidad de que la persona que regresó a Shimoda al finalizar la guerra diciendo que era Sato fue en realidad Shirotori. Entonces, toda la historia de la familia, toda la saga, todas las tradiciones, todo el legado hasta la última generación, hasta Ayumi, ¿se basaba en una mentira?

Segunda quincena de agosto. Ayumi y yo continuábamos pasando nuestras tardes juntos. Cada instante pasado con ella me recordaba que yo conocía el secreto de su familia y que probablemente ella ni nadie estuviese al corriente. Mi cabeza no paraba de cuestionarse infinidad de preguntas sin respuestas. ¿Cómo ese chico pudo regresar al pueblo de su compañero haciéndose pasar por él? Probablemente vio la oportunidad de empezar una nueva vida en una familia de campesinos asentada en una prefectura donde afortunadamente la guerra no llegó. Probablemente también su enorme parecido físico jugó a su favor y los padres bastante tenían con recibir a un hijo traumatizado, no sólo psicológicamente sino también físicamente por las importantes heridas del combate. Pero lo peor no eran todas esas preguntas si no el hecho de no saber cómo actuar. ¿Debería alguien que hubiese descubierto el gran secreto familiar contarlo? Estaba claro que yo no era nadie para hacerlo. Tampoco sabía si lo pasado hecho está y era mejor no remover las heridas. Pero cada vez que miraba a los ojos a Ayumi veía en ellos que escondían un secreto. Un secreto que su frágil corazón repleto de felicidad haría que se rompiese. Deseaba que siempre siguiese siendo la misma chica que conocí por primera vez al inicio del verano, valiente y con un fuerte carácter por fuera, pero dulce, cariñosa y con un corazón siempre alegre y feliz. Logré pasar el resto de mi estancia desconectando a mi cabeza de esos pensamientos, dedicándome a la etapa final de la rehabilitación de la casa y sobre todo disfrutando el máximo tiempo posible de su compañía. Además, ya comenzaba a circular por el pueblo el ambiente de inauguración de una casa restaurada, un evento que siempre es importante en la vida de sus habitantes.

Domingo 1 de septiembre, cinco de la tarde. Por fin la reforma de la casa Sato ya estaba finalizada. De nuevo todo el pueblo volvió a reunirse ante ella para celebrarlo. En el acto político estábamos el alcalde, su hija Ayumi y yo como representante de la agencia de arquitectura encargada de la rehabilitación. Ahora ya volvía a ser una casa tradicional, todos los fantasmas del pasado seguían allí escondiendo el secreto entre sus paredes, pero había recuperado su historia. Todos los habitantes estaban contentos y alegres de ver el resultado final del gran esfuerzo y trabajo con el que habían logrado

renovarla. El alcalde finalizó su discurso con estas palabras: —Recordad que el esfuerzo se logra con determinación, pero si se comparte, el éxito está garantizado—. Al finalizar el acto, mientras la gente todavía continuaba con la celebración, decidí echar un último vistazo a la casa. Comencé por la fachada principal, la que da a la calle. De nuevo volvía a ser blanca y todas las carpinterías habían recuperado sus tradicionales porticones de madera negra. Estos estaban totalmente corridos en la planta inferior, para dejar ver el nuevo comercio. Todavía estaba vacío a la espera de comenzar la actividad, pero al menos ya volvía a ser una tienda. Los Sato habían dado el visto bueno para que la cooperativa de campesinos del pueblo vendiese aquí sus productos del campo, ya que ahora ellos ya no tenían tierras y uno de los objetivos de la rehabilitación era recuperar el comercio en la planta baja. Por ese motivo, al tratarse de una casa con comercio, no se accedía a ella por la fachada principal, si no por detrás. Así que di la vuelta y entré por el recibidor, conocido como *genkan*. Es el lugar donde nos descalzamos. Una antigua costumbre japonesa hace que todos los que entran a una casa deban quitarse los zapatos, algo que incluso se ha extendido a países occidentales. Para facilitar la tarea el *genkan* se encuentra a nivel de calle, a diferencia del suelo de la casa que está elevado un escalón ya que esta, como se puede observar desde el exterior, no está en contacto con el terreno sino elevada para protegerse de las frecuentes lluvias torrenciales, inundaciones y sobre todo la humedad. Acto seguido, después de cruzar el recibidor, ya en zapatillas domésticas, se accede al *engawa* un largo pasillo que finaliza con la escalera para subir a la vivienda. La rehabilitación había permitido que el *engawa* recuperase su función principal: observar el jardín. De este modo deja de ser un espacio únicamente de circulación hacia la escalera. Cuando se abren las enormes puertas correderas nos podemos sentar tranquilamente a observar el jardín zen. A continuación, subí por las escaleras. A pesar de ser de un solo tiro ya tenían menos inclinación, eran más seguras y el material coincidía con el pavimento de madera. Al llegar al piso superior, estas desembarcan directamente en la cocina dándole protagonismo al ser el primer espacio al que se accede después de subir por las escaleras. Como el salón principal está destinado mayoritariamente a recibir invitados, es en la cocina donde la familia hace su día a día: se reúnen para las comidas, también para estudiar o trabajar y, evidentemente, para cocinar. Al salir de la cocina nos volvemos a encontrar con el mismo pasillo largo del piso inferior, salvo que en este caso se utiliza para dar acceso a todas las estancias, las cuales se configuran al gusto y necesidad de la familia ya que al no haber paredes divisorias sino paneles desmontables permiten crear tantas como sean necesarias y cuando convengan. En este caso, se decidió hacer tres divisiones para tres estancias: un salón, una habitación principal y una habitación secundaria. Por lo tanto, accedemos a ellas a través del pasillo donde no hay puertas si no paneles corredizos. Son translúcidos ya que su material principal es de origen vegetal y su estructura una ligera madera noble. Pueden estar abiertos o cerrados. Normalmente están cerrados dejando ver la silueta de la persona que quiere acceder a la estancia, la cual pedirá permiso desde el pasillo para poder acceder. A pesar de que cada estancia es para un uso diferente todas tienen en común que sobre el pavimento de madera se colocan los famosos tatamis. Se trata de una especie de tablones rectangulares fácilmente desmontables donde nos podemos sentar o estirar cómodamente sobre ellos. Por eso las habitaciones tienen un ligero olor a junco, el material con el que se fabrican. Este mismo material natural también es usado para purificar el aire. Respecto al mobiliario, este es mínimo y escaso. En el caso del salón simplemente nos encontramos

con una mesa baja donde los invitados se sientan a su alrededor sobre cojines. Los armarios están abiertos y realizados con los materiales más nobles como maderas exóticas puesto que estos espacios se usan en los salones para colocar un pequeño altar destinado al culto, así como figuras y lienzos de decoración y en ocasiones, como era en el caso de esta casa, para exponer la enorme colección de muñecas de porcelana de los Sato. Es costumbre que cada familia tenga la suya y la expongan en el salón. Son heredadas de padres a hijos y están consideradas una autentica reliquia y su fabricación un arte milenario. Se colocan en estos armarios abiertos expuestas sobre escalones de hasta siete niveles siguiendo todo un riguroso orden comenzando por los muñecos imperiales seguidos de las damas, los músicos, los ministros, los funcionarios de la corte, el ajuar de la novia y el último escalón para cuando sale el emperador del palacio. Ninguna decoración más en todo el salón. Algo parecido ocurre en las habitaciones. Cuando entré en una de ellas de nuevo estaba vacía, solamente había en una esquina y apilados un conjunto de futones. Cuando se duerme en uno de ellos permite tener más espacio en la habitación el resto del día ya que se pueden plegar y guardar. Únicamente se extienden al llegar la noche y la hora de acostarse. Este es el momento más deseado sobre todo en invierno ya que no solamente proporcionan confort si no calor. Teniendo en cuenta el frío que pasaban cada año era de esperar que cumpliesen más que su función. Dejé para el final de mi visita la última de las piezas, situada al fondo del pasillo, y probablemente una de las más importantes para una familia: el baño, conocido como el *furo*. Me refiero a que probablemente sea la más importante visto la tradición que representa tomar el baño en Japón. Por este motivo los baños japoneses no son como la mayoría de los occidentales. Lógicamente en esta piza domina una gran bañera también realizada con madera. Antes de entrar a ella hay que lavarse en un pequeño espacio adyacente. Una vez limpios se entra en la bañera con agua muy caliente, la cual se va compartiendo por turnos, es decir, cuando termina un miembro de la familia, accede el siguiente y así sucesivamente. En cuanto al inodoro, este se encuentra fuera del *furo*. De este modo convertimos el baño doméstico en una especie de pequeña terma. Finalmente bajé por las escaleras, me volví a calzar en el *genkan* y salí al exterior. Tuve una sensación nueva y muy agradable, la de haberme sentido en un lugar de auténtico reposo y paz. Los Sato tenían la intención de regresar a vivir aquí. Al menos había podido ver cómo sería su nueva vida, volviendo a los orígenes, en esta casa tradicional y, sobre todo, imaginarme dónde viviría Ayumi una vez que nuestros caminos se separasen.

La noche comenzaba a caer y con ella mi despedida se acercaba. Como de costumbre siempre se me hacía tarde. El tren con destino a Tokyo partía a las nueve y todavía debía pasar por la pensión a recoger mi equipaje. Así que cogí por última vez esa vieja bicicleta que me había transportado por todo el pueblo durante el verano y me dirigí a la pensión. Me llevé una grata sorpresa puesto que todos estaban allí para despedirse: el matrimonio Sato, los abuelos, Ayumi y algunos mozos del pueblo con los que habíamos trabajado. Entre agradecimientos, regalos y alguna que otra fotografía acabé subido en la furgoneta cubo que me llevaría a la estación. Ayumi se acercó a mí. Siempre alegre y contenta. Le dije que durante el invierno nos iríamos escribiendo, que en primavera nos enviaríamos postales de la fiesta del cerezo y que en verano regresaría. Pero sus ojos estaban tristes. Su corazón sólo le dejó decirme estas palabras: —Hasta siempre chico de la ciudad—. Se giró, como si de una bailarina se tratase y desapareció

mientras la furgoneta se alejaba. Cruzamos todo el pueblo para ir a la estación. Todos los habitantes me decían adiós al pasar por sus casas. La diferencia de emociones entre mi llegada y mi partida eran enormes. Por primera vez sentí el aroma de Izu, probablemente mi mente lo confundía con el de Ayumi. De nuevo en la estación esperando al expreso. Otra vez estaban allí los mismos estudiantes del viaje de ida, salvo que ahora ya se les veía tan agotados que hasta llevaban el flotador gigante en forma de cisne desinflado. También estaba aquel matrimonio joven con su hijo, pero faltaban los abuelos. Busqué y miré por todo el andén, pero no estaban. Al subir al tren me agaché para recoger el billete que se me cayó debajo del asiento y el destino hizo que encontrase el libro que el abuelo iba leyendo durante la ida, *La bailarina de Izu*. Lo cogí, lo ojeé, observé sus dibujos y allí estaba la bailarina, con su vestido fucsia y su pelo largo y rizado que se movía con la brisa de la península. ¿Sería entonces Ayumi mi bailarina, mi *Odoriko*? Si fuese así, el libro tendría razón: regresaría a la ciudad al finalizar el verano y ella sería mi primer y último amor que llevaría para siempre en mi corazón.